

en el chivo expiatorio de la inmigración. No obstante, tampoco hay que cerrar los ojos ante la posibilidad de que la inmigración pueda convertirse realmente en un problema. No abominar del «sistema» genérico y abstracto pero tampoco complacerse cuando algo resulta injusto o produce efectos desastrosos. Yo no sé si la solución a todos estos embrollos corresponde al sistema 1, al 2 o al 3 pero no me cabe duda de que las soluciones no existen antes de ser reales. Todos llevamos el mundo arreglado en nuestra cabeza, pero resulta que no vivimos en nuestro propio mundo.

Por otro lado, la crisis es una dinámica catastrófica provocada en parte por el mal y en parte por la complejidad. Donde haya culpa debería haber castigo pero donde solo haya caos debería de imponerse un poco de orden. Todos hemos de ser responsables de nuestros actos y uno no es menos responsable por el hecho de ser débil. Lo que nadie tiene, ni el débil ni el fuerte, es excusa. A veces los fuertes tienen razones y a veces los débiles carecen de ellas. Lo que deberíamos hacer es darle la razón a quien la tiene. Al final el tiempo pasa, las burbujas estallan, las olas se rompen y todos nos miramos al espejo para comprobar, por una vez, lo que somos realmente. Entonces el populismo desaparece o tan solo cambia de rostro, sustituido por otro populismo diferente pero igual. La propia crisis desaparecerá y renacerá después. Ninguna crisis es la última. Nacen nuevas generaciones, tan nuevas y esperanzadas que ignoran todo lo que hubo antes que ellas. Y a la espera de ser sustituidas por las que vendrán en el futuro. Pero al final veremos que todas tenían prisa, mucha prisa, por acabar convertidas en fósiles. Unos fósiles lloriqueantes que se regodean en el martirologio cuando deberían estar apretando los dientes e intentando salir hacia adelante antes que esperar una justicia que nunca va a llegar. No hay mayor mentira que prometerles a estas personas el cielo o el paraíso más allá del Muro del Norte. Porque esta serie no es *Juego de Tronos*. Más bien *Breaking Bad*.

POPULISTAS ¿SON SIEMPRE LOS DEMÁS? O SOBRE LA IDEA DE POPULISMO QUE TIENEN LOS PROPIOS POPULISTAS

MIGUEL ÁNGEL QUINTANA PAZ

I. INTRODUCCIÓN, O DE CÓMO DECIMOS «POPULISMO» CUANDO QUEREMOS DECIR OTRA COSA

De un tiempo a esta parte se habla cada vez más del populismo. Quizá proceda preguntarse, pues, qué queremos decir exactamente con esta palabra. Durante mi juventud, entre otros excesos, me ocupé con cierto empeño en estudiar a varios de los denominados «filósofos del lenguaje cotidiano» (Gilbert Ryle, Norman Malcolm, J. L. Austin, Peter Strawson, H. L. A. Hart, Oets Kolk Bouwsma); filósofos que cobraron desigual pero innegable relevancia en el mundillo anglosajón de posguerra. Cualquiera de estos pensadores nos hubiera recomendado que, si deseamos filosofar acerca de algo (en este caso, sobre el «populismo»), atendamos antes de nada a cómo utiliza la gente tal término en sus afanes y sus días habituales. Quizá por ello hace años que vengo recopilando algunas de las cosas que dice la gente cuando intenta explicar qué quiere decir con «populismo». He aquí el resultado, sin ánimo sistemático alguno, de mi pequeña pesquisa.¹

¹ Algo más sistemático, aunque en su caso con fines lexicográficos, fue Álex Grijelmo: «El populismo está fuera del diccionario», *El País*, 27 de julio de 2014. Curiosamente sus conclusiones (en su párrafo último, verbigracia) no se separan mucho de las que aportaré al final de este epígrafe.

En primer lugar, tanto en políticos españoles de derecha (Esperanza Aguirre, del Partido Popular), como de izquierda (Joaquín Leguina, del PSOE), o de centro (Fernando Maura, ahora en Ciudadanos; Inés Arrimadas, desde el mismo partido) he hallado con cierta asiduidad la siguiente definición: «Populismo es ofrecer soluciones fáciles para problemas difíciles».² Naturalmente, el adjetivo «fácil» no se emplea ahí en su sentido literal (¿no resultaría al cabo magnífico que alguien ofreciera por fin una solución a un problema difícil, y que además esta solución resultara ser nada menos que fácil?). Por el contrario, intenta connotar que se está hablando de soluciones solo aparentemente fáciles, más bien *facilonas* (por seguir haciendo uso del lenguaje coloquial), pero fehacientemente erróneas. En este sentido fue más explícito el filósofo, aunque durante un tiempo también político canadiense, Michael Ignatieff, cuando en una entrevista concedida en España al diario *El País*, previa a todas las declaraciones mencionadas

² Esperanza Aguirre, «Las tentaciones del populismo», ABC, 15 de diciembre de 2014; Joaquín Leguina, en el debate celebrado en la Fundación Canal aproximadamente un mes antes (http://www.fundacioncanal.com/wp-content/uploads/2014/11/nota_prensa_nacionalismos_populismos.pdf); Fernando Maura, en su conferencia en la Universidad Europea Miguel de Cervantes de Valladolid en mayo de 2015; Inés Arrimadas, en su tuit posterior a la victoria de Donald Trump en las elecciones presidenciales de los Estados Unidos, en noviembre de 2016 (<http://www.europapress.es/catalunya/noticia-arrimadas-lamenta-haya-populismo-auge-aqui-alli-20161109090115.html>). Otros autores que merece la pena espigar de entre quienes han venido aprovechando esta definición son el economista Daniel Lacalle («El populismo, la venganza de la mediocridad», *Expansión*, 30 de mayo de 2016), el presidente de la Fundación Hay Derecho, Ignacio Gomá Lanzón («¿Existe el populismo judicial?», 29 de febrero de 2016, <http://hayderecho.com/2016/02/29/existe-el-populismo-judicial/>), el diplomático Rafael Dezcallar («Dezcallar cree que el nacionalismo y el populismo son amenazas para Europa», *El Adelantado de Segovia*, 2 de junio de 2016) o el periodista Carlos Herrera (Foro de la Nueva Comunicación, 29 de junio de 2015, <http://www.nuevaeconomiaforum.org/de/noticias/los-griegos-han-comprobado-lo-que-es-elegir-charlatanes-populistas>).

(¿tal vez les sirviera a todas ellas de inspiración?), afirmó que «los populistas ofrecen soluciones falsas a problemas reales».³

Nos topamos ya en este primer intento de definir «populismo» con una característica a la que nos habituaremos pronto: «populismo» se utiliza a manera de término peyorativo, cual rótulo para aquellos que ofrecen soluciones políticas que te parecen inadecuadas. Justo por ese motivo creo que resulta poco útil este tipo de definición. Al fin y al cabo, todas las soluciones políticas que alguien sugiera y que no sean las que más me convencen a mí puedo etiquetarlas como falsas o demasiado facilonas: justo por eso no las comparto. Y, de este modo, «populista» se convertiría entonces en un mero sinónimo de «alguien que defiende una política con la que no estoy de acuerdo». Pero ya tenemos un término para eso: se llama «rival político». Si vamos a utilizar el término «populismo» como mero equivalente a «algo que no me convence», creo que nos perdemos buena parte de la potencialidad que tiene este término para entender mejor nuestra situación.

Otro uso del término «populismo» más preciso es el que pude escuchar al periodista John Müller en la mesa redonda que me cupo el honor de compartir con él en marzo de 2015 en la Universidad de Valladolid.⁴ Müller comenzó su ponencia definiendo el populismo como aquella práctica que consiste en proponer o instaurar políticas para las cuales no existen los medios (económicos, sobre todo) necesarios, y sin preocuparse de proporcionarlos. Un ejemplo de ello que adujo el mismo Müller sería la conocida como «Ley de dependencia»,⁵ impulsada por el Gobierno socialista

³ Entrevista homónima de Ana Carbajosa, *El País*, 15 de junio de 2014.

⁴ Se trató en concreto de la mesa redonda titulada *Desmontando los populismos*, celebrada en el marco de las Jornadas «Los partidos políticos. ¿Adónde vamos?», que organizó la Facultad de Derecho de la citada universidad pucelana.

⁵ Su nombre oficial es el de Ley de Promoción de la Autonomía Personal y Atención a las personas en situación de dependencia y a las familias de España

de José Luis Rodríguez Zapatero en su primera legislatura. En efecto, siempre según Müller, si bien esta ley contó en el momento de su aprobación con un amplísimo respaldo parlamentario, fue mucho más menguado el respaldo dinerario que le debería haber ido parejo: por lo que se quedó en buena medida como un catálogo de buenas intenciones (o propaganda), en vez de ser aquello que pretendía ser (una ayuda real para los españoles en situación de dependencia).

Nos encontramos aquí con una definición de populismo de cariz más bien político-económico, pero de nuevo eminentemente peyorativo. En qué medida se han proporcionado o no los medios adecuados para que una ley determinada cumpla competente con su cometido puede ser, de nuevo, objeto de encendidos debates políticos. Y es plausible pensar que entre rivales siempre se reputará que las políticas del otro tienen más de propaganda que de eficacia real, y que se ha puesto más cuidado en promocionar la belleza de la ley que en arrostrar la fealdad de encontrarle dineros que la sostengan. Con lo cual, de nuevo, corremos el riesgo de que «populista» se quede como mero adjetivo atribuible a todo aquello que en política no me gusta.

No quiero olvidar que fue también en el campo económico donde se propuso una definición de populismo que ha cobrado allí buena fortuna: me refiero a la que Rüdiger Dornbusch y Sebastián Edwards desarrollaron en su obra sobre «populismo macroeconómico», hace ya veinticinco años.⁶ Para estos dos economistas, el

(o Ley 39/2006, de 14 de diciembre). Puede verse un balance crítico de la aplicación (y grado de financiación) de la misma en Sergi Jiménez Martín, Cristina Vilaplana y Analía Andrea Viola: «Informe 2016. Observatorio de dependencia, febrero 2016», *Estudios sobre la economía española*, 2016/05, Fedea, Madrid, 2016 <http://documentos.fedea.net/pubs/eee/eee2016-05.pdf>.

⁶ *Macroeconomics of Populism in Latin America*, Chicago, Chicago University Press, 1991. El origen de este volumen recopilatorio se halla en un artículo homónimo de ambos autores publicado como NBER Working Paper número 2986 (reimpreso como número 11543) en mayo de 1989.

populismo sería un proceso mediante el cual los Gobiernos (tanto «de derechas» como «de izquierdas») que han ido cayendo presos de sus encantos (a menudo en Iberoamérica) empiezan a estimular la economía de un modo que, al final, conduce a inflación, caída de salarios, fuga de capitales, recortes e incluso la intervención del FMI. De modo que políticas económicas que en un principio parecían benéficas para las clases menos pudientes acaban perjudicando sobre todo a estas.

Ahora bien, sin negar mérito académico al análisis de Dornbusch y Edwards, me temo que de nuevo nos las habemos con un uso despreciativo del vocablo, que otra vez corre el riesgo de servir de mera arma arrojadiza contra aquellos cuyas políticas económicas no nos convencen (aunque sea por buenas razones, como las que mostraron estos dos autores, y aunque en este caso definieran de modo muy preciso cuáles son esas políticas). ¿No existe alguna posibilidad de utilizar la palabra «populismo» que esquive esta pega?

Si tornamos de los lares económicos al lenguaje más cotidiano en que al principio nos propusimos fijar nuestra atención, el asunto por desgracia no mejora. Hoy «populista» se usa a menudo como mero sinónimo de «aquello que funciona para persuadir a las masas, pero no me parece convincente a mí, el que así lo califico»; un poco a la manera en que hace unos años se extendió por doquier la obsesión por tildar de «demagógico» cualquier propaganda especialmente eficaz, pero con la que el hablante no estuviera de acuerdo.⁷ Este uso del término «populista» es tan

⁷ Recordemos que en su origen griego «demagogia» no es más que una forma degradada de gobierno de la mayoría, frente a la forma ordenada de gobierno de esta, que es la república —véase Gustavo Bueno: «¿Qué es la democracia? (1)», *El Catoblepas*, n. 109 (marzo de 2011), 2, <http://nodulo.org/ec/2011/1109p02.htm>; si bien ahí mismo el propio Bueno nos recuerda que este uso de «demagogia» es un *hápax legómenon* en la obra de Aristóteles, quien a menudo usa, para referirse a la degradación del gobierno de la mayoría, el mero término de... democracia: ¿una advertencia quizá de la familiaridad que poseen ya desde su origen lo demagógico y lo democrático?

frecuente que el lector me eximirá (probablemente agradecido) de aburrirle con ejemplos concretos.⁸

Ahora bien, si utilizamos «populista» en este sentido, al final nos vemos abocados a una situación en que todos los gatos son pardos y todos los partidos son populistas, pues por supuesto todos ellos intentan captar votos mediante la persuasión, y los modos de persuadir de cada uno de ellos por lo general no gustarán a los partidarios de otras formaciones. Y, desgraciadamente, un término que sirve para todo, cual bálsamo de Fierabrás, al final acaba por dejar de servir para nada. ¿No existe alguna manera de usar «populismo» de un modo más útil, no necesariamente despreciativo?

Creo que por fortuna aquí acuden en nuestra ayuda todos cuantos han usado el término «populista» no como un marbete con que denigrar a sus adversarios, sino como un modo de caracterizarse ellos mismos. Es decir, los populistas orgullosos de serlo. Al definirse estos a sí mismos como tales, nos pueden dar una descripción más ceñida: una que sirva para calificar un tipo de política concreta, y no solo para descalificar cualquiera del contrario.

2. POPULISTAS ORGULLOSOS DE SERLO

Una breve ojeada (como la que pretendemos hacer aquí) a los avatares históricos del concepto «populismo» arroja enseguida la conclusión de que merecen escogerse tres como los momentos

⁸ Como denuncia Nassim Nicholas Taleb («The Intellectual Yet Idiot», 16 septiembre 2016, <https://medium.com/@nntaleb/the-intellectual-yet-idiot-13211e2do577#.xj5kd9led>), hemos llegado prácticamente a un punto en que lo que antes llamábamos «participación en política» ahora lo designamos con dos términos diferentes: «democracia», si se ajusta a nuestros prejuicios y preferencias pseudointelectuales, y «populismo», cuando la gente se atreve a votar de un modo que contradice estos.

primordiales en que uno u otro grupo, unos u otros pensadores han reivindicado para sí mismos este término.

2.1. *Los orígenes del populismo: las decimonónicas estepas rusas*

El primer momento (y, por tanto, donde se ubica la invención de este término) corresponde a la Rusia zarista de en torno a 1870. La historia es la siguiente: un grupo cada vez más numeroso de jóvenes opositores al régimen captaron enseguida que sus ganas de hacer una revolución chocaban una y otra vez con la indiferencia de los depauperados campesinos rusos a los que precisamente aspiraban a liberar. La situación resultaba en especial desconcertante si se recuerda que había sido solo unos pocos años antes, en 1861, cuando el zar Alejandro II había suprimido el feudalismo que aplastaba a esos mismos campesinos, sin que tal reforma hubiese supuesto una mejora sustantiva de sus condiciones de vida.

¿Por qué se empeñaban esos misteriosos campesinos (al menos, misteriosos para los citados opositores, dado que casi todos eran jóvenes intelectuales urbanitas) en seguir acatando la autoridad del zar, si estaba claro (o lo estaba al menos para los susodichos) que esta les mantenía dentro de un sistema opresivo y empobrecedor? ¿Por qué se mostraban tan suspicaces ante las loables propuestas políticas que ellos, jóvenes revolucionarios, les traían? Como diría Aristóteles, de la sorpresa nació el deseo de aprender, y ni cortos ni perezosos varios de estos intelectuales rusos decidieron dar un giro completo a su estrategia: en vez de ser ellos los que predicaran la buena nueva de la revolución social a labriegos y aldeanos, deberían ser estos los que les enseñaran a ellos su modo de vida y sus verdaderas inquietudes. Para lo cual buena parte de tan voluntariosos revolucionarios, a menudo simples estudiantes barbilampiños, se trasladaron al campo con el fin de «sumergirse» en el auténtico ser de su «pueblo», condición que creyeron imprescindible para solo después emprender desde él y desde su

«esencia» más genuina la revolución. Dado que «pueblo» en ruso puede decirse *narod*, este grupo se dio a conocer pronto como los *narodniki* y a su movimiento como *narodnichestvo*; términos ambos traducibles pues como «populistas» y «populismo».⁹

La estrategia de estos jóvenes entusiastas fracasó (de hecho, como sabemos, al final la revolución rusa no se llevaría a cabo gracias a sus ideas, sino 40 años más tarde y desde el planteamiento, en buena parte rival, del marxismo bolchevique). Pero nos legaron un primer modo de entender el término «populismo» que no es peyorativo sino, bien al contrario, orgullosamente reivindicativo. Y, salvando todas las distancias que hay entre el agro ruso de antaño y nuestros días, aportaron ya tres de las características más reconocibles de lo que hoy también podemos denominar con ese vocablo.

En primer lugar, un empeño en apostar por «la gente», por el «pueblo» auténtico, frente a algo (¿la no gente?, ¿el pueblo no auténtico, sino pervertido?) que se ve como causante de todos los problemas de un país. Naturalmente, no es la misma esa «gente» en la Rusia de 1870 que en la España o la Grecia o la Venezuela de 2018; pero en cualquier caso es siempre en esa «gente» en la que reposan las fuerzas más sanas de una sociedad, las únicas que habrá que atender si queremos regenerar todo su sistema político-económico.

En segundo lugar, el populismo exhibe ya desde sus orígenes un fuerte componente antiintelectualista. Esto, que puede resultar en cierta medida paradójico (al fin y al cabo, sus inventores fueron intelectuales y sus portavoces hoy en día a menudo lo son), resulta sin embargo una consecuencia lógica de la premisa que acabamos de mencionar. Si el auténtico ser del pueblo es lo que de veras debe importar en política, las elucubraciones que hagan

⁹ El análisis canónico de este modo de entender el populismo desde sus orígenes rusos es aún el de Richard Pipes: «Narodnichestvo: A Semantic Inquiry», *Slavic Review*, vol. 23, n. 3 (1964), págs. 441-458.

los intelectuales deben, frente a ello, pasar a ocupar un segundo plano. De hecho, si hay problemas en la sociedad es porque a menudo sus capas más intelectuales se han «alejado», o incluso han «traicionado», a su sano pueblo. Esto, para los populistas rusos de los orígenes, significaba básicamente que la escisión entre lo urbano (que ellos, como intelectuales, representaban) y lo rural (que representaba el pueblo llano) debía salvarse (y por ello se fueron a vivir y aprender de este último): era la única vía para poder al final realizar una revolución coordinada de ambos grupos contra el zar. Para los populistas contemporáneos, por su parte, esto significa que ciertas capas a menudo especialmente formadas de la sociedad (banqueros, grandes empresarios, *brokers*, políticos poderosos, intelectuales beneficiados por el *establishment*) son las que han traicionado al resto de la población («el 99 % de ella»). Y que esa brecha entre ambos debe solventarse expulsando a los primeros del lugar que ocupan («Que se vayan todos») para que lo ocupe ahora ya sí el pueblo auténtico (a menudo representado por intelectuales, bien es cierto, pero no ya intelectuales que formen una capa diferente, que sean *distintivamente* intelectuales, sino que se hallen plenamente integrados en e identificados con «lo popular»; en suma, una *élite* de intelectuales *plebeyos*, si se nos permite —si se les permite— el oxímoron).

Por último, y en tercer lugar, un atributo del populismo de los orígenes que es reconocible aún en el de hoy día es su afán de transformar la sociedad de modo rotundo. Esta característica es de hecho la que lo distingue de otro movimiento político-intelectual que, si nos quedásemos meramente con el otro par de rasgos suyos que hemos señalado (su reivindicación de lo «popular» y su antiintelectualismo), bien podría resultarle afín: estamos pensando en el tradicionalismo. En efecto, los tradicionalistas también apelan a menudo a la esencia auténtica de un «pueblo» y a su sabiduría (transmitida, justamente, gracias a la tradición); y los tradicionalistas desconfían por tanto de los intelectuales que se creen capaces de ponerse por encima de tales

«comunidades ancestrales».¹⁰ Pero, con cierta lógica, un tradicionalista extrae de esos dos principios la consecuencia de que entonces nadie (ni siquiera él mismo) puede aspirar a transmutar radicalmente, desde una u otra ideología política, desde unas u otras elucubraciones, la realidad de ese pueblo: debe ser este, en su lento caminar a través de los siglos, el que deberá primar siempre sobre cualquier intento consciente e intelectual de «reformarlo», «regenerarlo» o no digamos ya «revolucionarlo». Para un populista, en cambio, esa mutación radical sí es posible (es esencial para él saber, no solo como modo circunstancial de llamarse a sí mismo, que «Podemos»). Cabría aventurar, pues, que en alguna medida el populismo presenta los trazos de un cierto «tradicionalismo revolucionario» (si se nos permite, de nuevo, el oxímoron). Y esta es su tercera característica, que conserva desde los tiempos de las estepas rusas: su voluntad de transformación radical.

2.2. *El primer partido político que se reivindicó como populista y «partido de la gente»*

Si bien fue en la Rusia de hacia 1870 donde comenzaron a existir populistas (según la traducción más aceptada), sería no obstante en América donde por primera vez, algunos años más tarde, un movimiento organizado llegaría a acceder a la arena política con peculiaridades, de nuevo, similares a las que hoy podemos escudriñar en el populismo. Estamos hablando del People's Party, fundado en 1891 en el Medio Oeste y sur de los Estados Unidos.¹¹

¹⁰ La más eficaz vinculación del populismo con la añoranza por comunidades ancestrales, orgánicas, es la que ha puesto de manifiesto el italiano Loris Zanatta: *Il populismo*, Carocci, Roma, 2013.

¹¹ Allcock discrepa en este punto de nosotros y piensa que la vinculación terminológica entre los *narodniki* rusos y el People's Party estadounidense es meramente casual —véase J. B. Allcock, «Populism: A Brief Biography», *Sociology*, vol. 5, n. 3 (1971), 372—. Corrobora, sin embargo, nuestra impresión

Su programa, al lado de declaraciones un tanto pomposas (una faceta, por cierto, cuya presencia no hay que minusvalorar tampoco en el populismo actual), tal que aquella que cifraba el objetivo del partido en «realizar y encarnar en la vida de la gente común todo lo divino de la humanidad»,¹² contenía también objetivos más prosaicos, aunque no menos ambiciosos. Apoyándose fundamentalmente en granjeros (de nuevo la originaria querencia rural de los *narodniki*), reclamaba los derechos del «hombre común», la «gente», frente a las grandes empresas monopolistas. Por su afán acaparador, ellas eran las culpables de impedir que los enormes progresos tecnológicos alcanzados en el siglo XIX por la humanidad repercutieran en una mejora de la vida de toda esa humanidad, no solo de unos cuantos avariciosos. A ello unía el People's Party una desconfianza ante los dos grandes partidos, el Demócrata y el Republicano, que habían «traicionado» al pueblo

de que si son vinculables ambos John Saul: «Africa», en Ghita Ionescu y Ernest Gellner (eds.): *Populism. Its Meanings and National Characteristics*, Londres, Weidenfeld and Nicolson, 134-135. Para toda esta porfía, es recomendable Tim Houwen, *The Non-European Roots of the Concept of Populism*, Working paper n. 120, Sussex European Institute, Sussex, 2011. Por otra parte, el movimiento iniciado por los primeros populistas decimonónicos que combatieron el zarismo puede en cierto sentido considerarse que desembocó en el Partido Social Revolucionario ruso (PSR) —principal rival de los bolcheviques antes del ascenso de estos al poder—; y, en ese sentido, los *narodniki* también resultaron fértiles en términos de política de partidos, aunque con algo de retraso (el PSR se fundó en 1901) frente a estos sus homólogos norteamericanos (que, como se ha puntualizado en el cuerpo del texto, ya se habían constituido como partido con diez años de anterioridad).

¹² «The fullness of the divinity of humanity»: declaraciones de Henry D. Lloyd, candidato al Congreso por el People's Party, en su mitin de final de campaña (Chicago, 1894); citado por Norman Pollack, *The Populist Response to Industrial America: Midwestern Populist Thought*, Cambridge, Harvard University Press, 1962, 13. También allí se menciona la no menos ambiciosa declaración de un corresponsal del mismo Lloyd: «Todo el ideal de nuestra civilización está equivocado» (ibíd., pág. 16).

al que debieran representar; los populistas denostaron una y otra vez el falso «bipartidismo».¹³

Se trata, pues, de rasgos todos ellos que resultarán familiares a los que conocemos formas de populismo más reciente: grandilocuencia, denuedo de la avaricia, loas a «la gente común», repudio de los traidores a esta, obsesión en contra de los partidos más asentados en nuestro panorama político por constituir solo una «falsa alternancia». Rasgos que de nuevo pertenecen a un grupo (los miembros del People's Party) que no tuvo inconveniente en denominarse con orgullo a sí mismo como «populista» (lo de People's Party resultaba útil como nombre, pero no como adjetivo).¹⁴

2.3. Ernesto Laclau y el populismo actual

Pero si en nuestros días es común hablar acerca de los populistas no es, desde luego, porque haya renacido el interés por los *narodniki* rusos ni por el People's Party estadounidense. Cerca de un siglo más tarde de aquellas experiencias, si hoy queremos fijarnos en quiénes blasonan de populistas (y, por lo tanto, le dan a este voquible lo que buscamos, un sentido no despectivo) habremos de reparar en un filósofo argentino recientemente fallecido: Ernesto Laclau. Él es quien con más influencia reivindicó en su obra *La razón populista*,¹⁵

¹³ Véase por ejemplo la diatriba de Frank Doster, líder populista de Kansas, en que acusa al Partido Demócrata y al Republicano de permanecer «paralizados, como hipnotizados, se diría, e incapaces de controlar [el poder de los monopolios] o dirigirlo hacia el bien común» (ibíd., pág. 17).

¹⁴ La narración de cómo el People's Party acabó adoptando el adjetivo «populista» (*populist*) como propio (sin ser esta una derivación morfológica directa ni evidente del inglés *People*, sino que proviene del latino *populus*) se la debemos a John Hicks, *The Populist Revolt. A History of Farmers. Alliance and the People's Party*, Westport, Greenwood Press, págs. 238-239.

¹⁵ Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2005. Laclau ya había ido avanzando sucesivas reevaluaciones del populismo desde su *Política e ideología en*

entre otras, este término para sí mismo y para las luchas sociales que ansiaba. ¿Por qué pensaba Laclau que el populismo puede resultar benéfico para nuestra circunstancia actual? Cuatro son los elementos en que podemos sintetizar su respuesta.

2.3.1. «Los significantes flotantes»

También denominados a veces «significantes vacíos»,¹⁶ entender esta noción lingüística resulta un buen punto de inicio para captar la propuesta política de Laclau. Y para captar cómo, ya desde su raíz, lenguaje y política se hallan íntimamente entrelazados en este tipo de populismo.

En efecto, este argentino nos hace caer en la cuenta de que hoy, en nuestras sociedades occidentales, y a pesar de su cacareada pluralidad, existen varios términos políticos que (prácticamente) todos parecemos valorar como positivos. El lector puede hacer él mismo la experiencia si se halla en algún momento ante un grupo más o menos nutrido de personas: pregunte cuántas de ellas están a favor de la democracia, o de la libertad, o de la justicia, o de los derechos humanos, y cosechará automáti-

la teoría marxista. *Capitalismo, marxismo, populismo*, México, Siglo XXI, 1978; en varias ocasiones junto a su hoy viuda, Chantal Mouffe (véase por ejemplo Ernesto Laclau y Chantal Mouffe, *Hegemony and Socialist Strategy. Towards a Radical Democratic Politics*, Londres, Verso, 1985).

¹⁶ «Creo que en la práctica los significantes vacíos y lo significantes flotantes coinciden» (Ernesto Laclau, «¿Por qué los significantes vacíos son importantes para la política?», Mesa redonda en la EOL con Jorge Alemán, 22 julio 2013, http://wapol.org/fr/las_escuelas/TemplateArticulo.asp?intTipoPagina=4&intEdicion=1&intIdiomaPublicacion=5&intArticulo=303&intIdiomaArticulo=1&intPublicacion=4). Aunque a continuación el mismo Laclau matiza que sí se puede establecer una diferencia analítica entre ambos, a fin de sintetizar su posición nos mantendremos dentro de esta coincidencia práctica que él señala. El origen de toda esta terminología, por cierto, es indisimulablemente lacaniano, como esa misma intervención recuerda.

Laclau,¹⁸ y que ha escrito un libro junto a su principal colaboradora, Chantal Mouffe.¹⁹ Nos referimos a Íñigo Errejón, fundador del partido político español Podemos. Por ello, pese a su longitud, reproduciremos íntegramente tal explicación suya de qué significa «politizar la realidad»:

Las posiciones [...] no están fijas. Esto no significa que no haya condiciones sociales objetivas, pero esas condiciones no tienen significado por sí mismas. Por decirlo de otro modo: que haya un terremoto y en un barrio pobre se caigan algunas de las casas del vecindario puede tener significados diferentes; puede ser que la población culpe al terremoto, puede ser que la población culpe a los dioses malvados que les han enviado un temblor de tierra, puede ser que la población culpe al alcalde, al ministro o al presidente. La atribución de significado político a los hechos sociales no es unívoca, es el objetivo de la lucha política. ¿Y por qué es el objetivo de la lucha política? Pues porque en ese instituir sentidos compartidos hay siempre una delimitación de qué es un problema, quiénes son los afectados y quiénes son los culpables. Y eso no está escrito en ningún sitio. Eso es el objetivo fundamental de la pelea política.²⁰

Como vemos, aquí Errejón parte de un fenómeno geológico (un terremoto) que conmociona a una sociedad. Es un buen ejemplo

¹⁸ Íñigo Errejón, *La lucha por la hegemonía durante el primer Gobierno del MAS en Bolivia (2006-2009): un análisis discursivo*, memoria para optar al grado de doctor en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la Universidad Complutense de Madrid.

¹⁹ Íñigo Errejón y Chantal Mouffe, *Construir pueblo. Hegemonía y radicalización de la democracia*, Barcelona, Icaria, 2015.

²⁰ Íñigo Errejón, «Hegemonía y política», <https://www.youtube.com/watch?v=u4jcccCqfco&feature=youtu.be&t=9m31s>. El vídeo originario ha desaparecido hace poco de internet, pero puede encontrarse buena parte de su transcripción en la entrada «¿En qué se ha convertido la política?» del blog anónimo *Avizorado*, <https://avizorado.wordpress.com/2015/09/08/en-que-se-ha-convertido-la-politica/>.

porque se trata de algo que, a priori, parecería tener poco que ver con la política (las capas tectónicas de la Tierra no se mueven en función de quién gobierne o deje de gobernar en su superficie). Nos ofrece pues un argumento *a fortiori* (es decir, si Errejón nos demuestra que *incluso* en caso de un terremoto es posible politizar la realidad, mucho más lo será en cualquier otro caso). Para lo que queremos explicar aquí, podríamos en realidad partir de cualquier otro fenómeno que impacte especialmente a los miembros de una sociedad, que les haga comprender que no viven en un sistema perfecto, bien organizadito, en el cual basta con que cada uno cumpla su tarea para que haya una apacible estabilidad. Puede tratarse, por lo tanto, de un terremoto, pero también de una tasa alta de paro en la juventud, o de un error grave en un hospital, o de un porcentaje elevado de empleos temporales, o de un accidente aéreo, o de una subida del precio del petróleo, o de la amenaza de que un virus cause una nueva epidemia mundial... Cualquiera de estos fenómenos son fallas que demuestran que el sistema en que vivimos no es completamente funcional, no es totalmente estable: son lo que Laclau, siempre con un lenguaje un tanto idiosincrático (y lacaniano), denominaría «dislocaciones».²¹

Lo interesante para Laclau (y para Errejón, como hemos visto) es que esas dislocaciones, esos fallos en nuestro sistema permiten hacer algo que estos adalides del populismo consideran de suma relevancia: son cosas a las que cabe otorgar un sentido político. En efecto, con todos los fenómenos citados ocurre un poco como pasaba con los significantes flotantes: no está muy claro qué sentido deben tener. O, como diría Errejón, «las condiciones sociales no tienen significado por sí mismas». Ante la devastación provocada por un terremoto (o ante el desempleo, o ante la llegada de un nuevo virus, o ante la precariedad laboral) caben muchas actitudes

²¹ Ernesto Laclau, «Posición del sujeto, dislocación y falta», ponencia del 22 de noviembre de 2001 transcrita por Dolores Avalos en <https://marifilos.files.wordpress.com/2012/05/laclau.pdf>.

diferentes. Laclau y Errejón, sin embargo, desean que adoptemos una por encima de todas las demás: la actitud de buscar un culpable o culpables de esos sucesos, que esos culpables lo sean de tipo político y que sean exactamente el tipo de actores políticos que ellos creen responsables. Es lo que estos populistas orgullosos de serlo llaman «antagonistas».²² Ante un error hospitalario grave, por ejemplo, serían posibles muy diversas actitudes: resignación «porque la vida es así», o aceptación del hecho de que incluso los casos estadísticamente menos probables también se producen a veces,²³ o reflexión técnica sobre el error y las soluciones que puedan evitar ese hecho en el futuro, o meditaciones metafísicas sobre la fragilidad de la vida, o prácticas religiosas que ayuden a pasar el mal momento... Pero Laclau y Errejón quieren que lo que hagamos sea sobre todo buscar quién es el culpable de ese error hospitalario, y no desde un punto de vista técnico, o científico, u organizativo, sino sobre todo desde un punto de vista político: ¿a qué persona o a qué grupo con poder, a qué rivales políticos, cabe atribuir la culpa de ese error?

²² Ejemplos de tales antagonistas que se ha ido buscando el populismo, tanto en Iberoamérica como en Europa, serían «la casta política», «el colonialismo», «Alemania», «los corruptos», «el Banco Central Europeo», «los Estados Unidos», «Angela Merkel», «el 1 % más rico», «los recortes», «los bancos», etc. (La lista debe permanecer abierta pues una diferencia del populismo frente al marxismo, como veremos más adelante, es el hecho de resultar mucho más flexible a la hora de atribuir las culpas de los problemas de una sociedad). Colocar como base de la política el antagonismo o enemistad con respecto a un grupo es una idea de raigambre reconociblemente schmittiana (Carl Schmitt, *El concepto de lo político*, Madrid, Alianza, 2009).

²³ Michael Foley (*The Age of Absurdity. Why Modern Life Makes It Hard to Be Happy*, Londres, Simon and Schuster, 2010) critica expresivamente (y por ello dejaremos su cita en el original inglés) la incapacidad, típica de nuestros días, para aceptar que a veces las cosas simplemente salen mal, sin que ello tenga que significar algo más allá: «Few are willing to accept that, as neo-stoics tersely put it, shit happens. [The rest prefer to think that] tragedy has to mean something».

Sinteticemos, pues: este populismo actual, orgulloso de serlo, se propone como táctica fundamental la de, primero, politizar los problemas de una sociedad (las «dislocaciones»); segundo, buscar un culpable de esos fallos (lo que en la terminología de Laclau se denominaría favorecer, a partir de ellos, un «antagonismo»); y, tercero, que ese culpable sea alguien a quien ellos consideren un rival político, para que genere en nosotros, sus «antagonistas», un sentimiento de unión (de «pueblo») frente a él.

2.3.3. «La necesidad de un liderazgo fuerte»

Los dos puntos anteriores a y b (el referido a los significantes flotantes y el referido a la politización de la sociedad, sus dislocaciones y sus antagonismos) se nutren, como ya hemos apuntado, de una cierta variabilidad de los significados: no está claro qué significa democracia o libertad o derechos; no está claro quién es el culpable de un problema social (o natural); no está claro a quién debo considerar como antagonista mío. Laclau propone que los populistas saquen partido de ello y sutilmente vayan reconduciendo esa variabilidad hacia los significados que más le convienen: democracia (y libertad, y derechos...) es lo que nosotros, los políticos y teóricos populistas, decimos que es; la culpa de los problemas es también de quien decimos nosotros; y los enemigos de todo el pueblo son quienes decidimos nosotros que lo son. En realidad, para un populista, todo agente político hace ya eso: lo único que propone Laclau es que los populistas adquieran conciencia plena de ello y, por consiguiente, lo sepan hacer con mayor discernimiento y primor.

Ahora bien, precisamente porque los significados de todas esas cosas son muy variables y vivimos en sociedades propicias a disgregarse en una gran diversidad de visiones diferentes, Laclau se da cuenta de que los populistas no las tienen todas consigo: siempre será posible que, igual que ellos intentan imponer sus significados en

medio de esa mutabilidad, otros actores políticos diferentes hagan triunfar los suyos (pues, como dice Errejón, justo en eso consiste la lucha política). Hace falta, por consiguiente, algo que otorgue estabilidad a las cosas. Frente a la variabilidad de los significantes flotantes y de las posibles politizaciones, es preciso encontrar un punto de referencia firme que fije qué sentidos deben ser los hegemónicos. Un punto de referencia firme que congregue en torno a sí a los diversos sectores de una sociedad frente al enemigo común. Un punto de referencia firme que de hecho nos deje claro *cuál* es ese enemigo común. Un punto de referencia firme que, en suma, ejerza de autoridad (autoridad epistémica —nos diga cómo son en realidad las cosas— y autoridad política —nos diga cómo deben ser y cómo vamos a conseguir que lo sean—). Ese imprescindible punto de referencia firme lo representa, para Laclau, la figura del *líder populista*.

El hecho de que intelectuales críticos con el capitalismo y las democracias actuales recurran a ensalzar lo útil que resulta la figura de un líder para su lucha no es novedoso. Aparte de los encomios impúdicos que el movimiento comunista internacional dedicó durante lustros a Iósif Stalin, cabe citar (en el mismo contexto iberoamericano en que escribe Laclau, por cierto) a Régis Debray y su *¿Revolución en la revolución?*²⁴ como un antecedente señero. Pero mientras que la idolatría estalinista siempre tuvo dificultades teóricas para resultar del todo coherente, y el caso de Debray parecía basarse más en el simple hecho de que los líderes guerrilleros latinoamericanos resultaban eficaces en la práctica, lo cierto es que en Laclau el enaltecimiento de la figura de los líderes fuertes²⁵ es

²⁴ Régis Debray, *Révolution dans la révolution? et autres essais*, París, Maspero, 1967.

²⁵ Líderes fuertes que, en efecto, parece que en la política real de diversos países iberoamericanos han resultado imprescindibles para el triunfo del populismo caro a Laclau: Hugo Chávez en Venezuela, Evo Morales en Bolivia, Rafael Correa en Ecuador, Néstor y Cristina Kirchner en Argentina, el Daniel Ortega posterior a 2006 en Nicaragua...

del todo coherente con el resto de su teoría. Sin un líder fuerte, todo lo que Laclau parecería estarnos diciendo es que la política es una masa de aguas movedizas; con un líder fuerte, Laclau nos da también la clave para, en medio de esas turbulencias, poner un rumbo fijo a unos objetivos políticos concretos: el rumbo que marque nuestro capitán; y crear un sentimiento de grupo imprescindible en la tripulación: el sentimiento de grupo que nos proporciona el carisma de tal capitán.

Por todo ello el populismo actual no se entiende sin los líderes populistas. Y, a la inversa, los líderes populistas actuales lo tendrían más difícil para ejercer su autoridad (en sociedades pluralistas por lo general reacias a concentrar esta en una sola persona) sin una teoría detrás, como la populista, que la justifica entusiasta.²⁶

2.3.4. «Democracia radical frente a democracia formal: un socialismo para el siglo XXI»

Con los mimbres descritos en los tres puntos anteriores (y algunos otros que, en aras de la brevedad, no nos podemos detener a pergeñar ahora²⁷) Laclau se considera en disposición de ofrecer nada menos que un nuevo modelo de democracia, mucho más

²⁶ Véase también (acerca del insustituible rol que tienen los líderes en el populismo, como catalizadores de la sentimentalidad narcisista que les sería ínsita) José Luis Villacañas, *Populismo*, Madrid, La Huerta Grande, 99, v. g.

²⁷ Por ejemplo, es llamativo en este populismo orgulloso de serlo (y conecta con el populismo de los *narodniki* rusos y el People's Party americano) su desprecio hacia la racionalidad ilustrada y lo «intelectual» como posible vía para resolver conflictos políticos (véase, en este sentido, Laclau y Mouffe, ob. cit., 93). Ahora bien, no nos detendremos en este punto por cuanto es fácil derivarlo, como corolario, de lo que ya llevamos dicho: en efecto, si según el populista no hay una «realidad política» dada antes de que se busquen en ella enemigos o de que el líder nos lidere, no tendría sentido que una racionalidad imparcial, o un intelectual que únicamente buscara la verdad, trataran de atrapar y solucionar por sí solos lo que de veras está en juego en política.

apetecible en su opinión que las aburridas democracias formales, liberales que hoy copan principalmente Europa. A este nuevo modelo de democracia lo han venido denominando él y Chantal Mouffe como «democracia radical».²⁸ A veces, en aras de la eficacia propagandística, esta expresión se ha traducido (sobre todo en España) como «democracia real»;²⁹ mas Laclau, Mouffe y otros posmarxistas, como Žižek, sienten fuertes reparos en usar esta última expresión (como buenos lacanianos, creen que «lo real» nunca puede atraparse del todo en nuestros conceptos y nuestras prácticas).³⁰

¿Qué caracteriza a las citadas «democracias radicales»? Es fácil deducirlo de lo que hemos expuesto hasta ahora (aunque a menudo no sea tan fácil hacerlo del lenguaje, más críptico, que suelen emplear estos autores). En las democracias radicales, a diferencia de las formales, no tiene sentido establecer límites (verbigracia, el del «imperio de la ley») a lo que el pueblo, el *demos*, el *populus* populista, desea.³¹ Tampoco, por lo tanto, procede establecer escrupulosos límites al poder del líder en que el pueblo confía y en que casi cabría aseverar que se encarna (por ejemplo, no hay motivos para limitar su posibilidad de reelección). El único de esos límites que un populista aceptará es la posibilidad de que el pueblo revoque en un momento dado al líder si siente que este se

²⁸ *Ibid.*

²⁹ Recordemos que fue una plataforma denominada precisamente «Democracia Real Ya» la que inició el proceso que desembocaría en el movimiento 15-M en España; un movimiento que se ha asociado nítidamente al populismo por el propio Íñigo Errejón: «We the People. El 15-M: ¿Un populismo indignado?», *ACME: An International E-Journal for Critical Geographies*, n. 14 (1), 2015, págs. 124-156.

³⁰ «La llamada «democracia real» no es más que otro nombre para la no democracia» (Slavoj Žižek, *The Sublime Object of Ideology*, Londres, Verso, 1989, pág. 148).

³¹ Héctor Leis y Eduardo Viola, «El dilema de América del Sur en el siglo XXI: democracia de mercado con Estado de Derecho o populismo», *Documentos de CADAL*, año VII, n. 97, 2009.

ha alejado de él (que ya no lo encarna, por tanto³²). Por añadidura, en una democracia radical los enemigos del pueblo (los «antagonistas») no pueden ser tratados bajo la ficción de que son iguales al resto: es esencial para la política, como hemos visto, que sean eso, enemigos. Por otra parte, en una democracia radical importa más resaltar lo que nos une a todos como miembros de tal pueblo (en el caso, claro, de que no hayamos pasado maniqueamente a formar parte de la caterva de los citados enemigos) que subrayar en cambio lo que nos diferencia a unas personas de otras, nuestra individualidad, lo que en el fondo nos disgregaría en una miríada de diversidades. En una democracia radical, para terminar, *todo es político* y a quien pretenda lo contrario es que le animan aviesas intenciones (políticas también).

Con esta idea populista de democracia radical Laclau y Mouffe creen haber proporcionado una buena actualización de las luchas obreras para nuestros días, más allá de las decimonónicas teorías socialistas de Karl Marx, así como de sus versiones (también ya algo antañonas) leninistas, trotskistas, maoístas... Ya en 1978 Laclau anunciaba esta característica de su propuesta: «El populismo socialista no es la forma más atrasada de ideología obrera, sino su forma más avanzada».³³

Y el primer síntoma de que esta propuesta populista es, en efecto, una buena actualización del socialismo para finales del siglo XX e inicios del XXI reside en un argumento práctico: es exitosa en lo esencial de la política, la toma del poder; especialmente en Iberoamérica.³⁴ Y es exitosa precisamente en un momento

³² Es lo que se ha llamado cuarto poder, o «poder ciudadano», en textos legislativos como la Constitución bolivariano-venezolana de 1999.

³³ Ernesto Laclau, *Política e ideología en la teoría marxista. Capitalismo, fascismo, populismo*, ob. cit. José Luis Villacañas (ob. cit., 31) coincide con este rechazo a ver el populismo como «nostálgico» o enemigo del progreso; apuesta, bien al contrario, por reputarlo un proyecto muy hábilmente designado para nuestra contemporaneidad más patente.

³⁴ Véase la nota 25.

en que fracasan en esa toma del poder más irremisiblemente que nunca las otras versiones (el extinto socialismo de la Unión Soviética; un Partido Comunista Chino que ha de aceptar la creciente pujanza de la economía capitalista en su país; el resto de languidecientes versiones marxistas, por no citar las anejas al anarquismo, que ocupan hoy a diversos grupúsculos obreristas allá o acullá).

Con todo, no es este éxito práctico el único motivo que permite contemplar el populismo como una digna actualización de la tradición socialista. Laclau (y Mouffe, Errejón, Žižek...) creen también que han conseguido integrar a su propuesta de socialismo elementos que Marx simplemente no pudo prever. Era imposible que Marx, por ejemplo, cayera en la cuenta de la importancia que tendrían hoy los medios de comunicación a la hora de crear significados comunes para toda una población. El populismo, en cambio, sí que presta atención (y en ello cree seguir la estela de Antonio Gramsci³⁵) a este hecho, e incluso lo convierte en uno de los ejes de su propuesta. Pues es en los medios de comunicación justo donde debe ejercerse la citada politización, y donde habrán de aprovecharse los significantes flotantes en el sentido en que desee el líder (que deberá por lo tanto ser habilísimo en el manejo de tales medios de comunicación: telegénico, fotogénico, buen orador...).

También resultaba improbable que Marx diera la importancia debida a todo un conjunto de nuevas formas de opresión (de «dislocaciones», en lenguaje de Laclau) que han ido cobrando hoy en la opinión pública tanta relevancia al menos como la mera opresión de la clase burguesa sobre la clase obrera: nos referimos

³⁵ Aunque especialistas en este autor italiano han refutado convincentemente que quepa apoyarse en él para hacer una propuesta populista: véase Ramón Vargas-Machuca Ortega, «Gramsci según Gramsci, y Gramsci según Podemos», *Revista de Libros*, 14 de diciembre de 2016, <http://www.revistadelibros.com/articulos/antonio-gramsci-vida-de-un-revolucionario>.

a la opresión debida al sexo, a la orientación sexual, a la raza, a la etnia... El populismo, por el contrario, sí que está entrenado para aprovechar todas esas dislocaciones con el objetivo de politizarlas y crear un antagonismo contra las fuerzas políticas a las que se desee considerar responsables de todas ellas.

Por último, y quizá lo más evidente, la teoría de Marx renquea un tanto si la queremos aplicar a una sociedad como la actual en que la división de esta en dos mitades, separadas por un abismo (el que se abriría entre una depauperada clase obrera y una boyante clase burguesa), no es ya tan convincente como cuando Marx se lo reprochaba a la Europa decimonónica. Pero al populismo esa tara marxiana no le afecta: no necesita que haya una única fractura objetiva entre dos partes de la sociedad (como diría Errejón, al fin y al cabo esa fractura no serviría de mucho, pues no tendría «significado por sí misma»), sino que le basta con ser capaz de convencer de que existen diversas fracturas (diversos antagonismos) que el pueblo unido, bajo la dirección de su líder, será capaz de vencer en nombre de los significantes que lo aúnan (en nombre de la auténtica democracia, la auténtica justicia, la auténtica libertad, etc.).

Con estos trazos, pues, resulta manifiesto que la expresión de «socialismo del siglo XXI», popularizada precisamente por un señero líder populista, Hugo Chávez,³⁶ no es un mero eslogan fachendoso. Mucho más allá de ello, en realidad resume todo un empeño consciente por elaborar una propuesta socialista que se adapte como un guante a las peculiaridades de nuestros días. Y para ello este socialismo no tiene reparos en volver a darse la mano con el populismo, como hemos visto que ya ocurriera en los orígenes rusos de este último, por cierto.

³⁶ En su discurso del 30 de enero de 2005 para el V Foro Social Mundial; se le reconoce generalmente sin embargo su acuñación al sociólogo alemán, pero que activo principalmente en Iberoamérica, Heinz Dieterich Steffan.

3. CONCLUSIÓN: ¿QUÉ HACER CON LOS POPULISTAS ORGULLOSOS DE SERLO?

Una vez explicado qué significa el populismo en términos no peyorativos, es decir, qué significa para los que hoy se confiesan populistas y por tanto no acusan de ello a los demás, el lector puede quedarse empero con cierta sensación: la sensación de que el populismo le parece incluso más reprobable cuando lo defienden los populistas confesos que cuando sirve de mera arma arrojada entre unos políticos y otros. Si ese es su caso, a continuación enumeramos (no tenemos espacio para apenas más) un hexálogo rápido. En él tratamos de resumir qué seis armas dialécticas podemos emplear contra un populista cuando llamarle «populista» ya no sirve de nada, pues es un término del que blasona orgulloso. Acompañaremos cada número del hexálogo con alguna cita que pueda servirle de breve apoyo. Seis citas de un total de seis autores bien diversos entre sí, pero todos ellos capitales para cuantos consideramos el populismo una amenaza a nuestra libertad.

3.1. *El pueblo no es uno, sino muchos*

El pueblo, del cual supuestamente emana todo poder organizado, no constituye un sujeto con voluntad y conciencia propias. Sólo se presenta en plural; en cuanto pueblo, conjuntamente, no tiene capacidad de decidir ni de actuar. En sociedades complejas, aun los más serios esfuerzos de autogestión se frustran.³⁷

³⁷ Jürgen Habermas, «Volkssouveränität als Verfahren (1988)», en *Faktizität und Geltung. Beiträge zur Diskurstheorie des Rechts und des demokratischen Rechtsstaats*, Fráncfort del Meno, Suhrkamp, 1992, 600-631. Existe traducción española, pero desaconsejable (y por ello no la hemos seguido, sino que aportamos la nuestra), en «La soberanía popular como procedimiento. Un concepto normativo de lo público», *Cuadernos políticos*, 57 (mayo-agosto), 1989, págs. 53-69.

3.2. *La «mayoría democrática» puede ser tan tiránica como cualquier otro tirano*

Nadie negará que un pueblo puede imponerse por la fuerza a otro pueblo y perjudicarlo. Ni que podemos ver a los partidos como pequeñas naciones dentro de la nación común, ajenos los unos a los otros. Ahora bien, si una nación puede actuar tiránicamente sobre otra, ¿cabe negar que un partido puede hacer lo mismo hacia otro partido?³⁸

3.3. *La democracia representativa tiene útiles ventajas*

Una asamblea representativa, justamente constituida, y a la que se ha hecho parte integral de la soberanía, tiene poder permanente para controlar [otros poderes]. Este es el único instrumento mediante el cual el pueblo puede actuar de modo continuado, el único modo en que sus opiniones se pueden conocer recogidas, el único medio mediante el cual sus diferentes voluntades pueden combinarse y ejercer su fuerza [...]. A veces se dice que las multitudes son un buen modo de expresar el sentido, los resentimientos y los sentimientos de la gente [...]. Pero si se admitiese este principio, la libertad y los derechos del ser humano se traicionarían a buen seguro: pues ello daría vía libre a [cualquiera] a exasperar los ánimos de las multitudes; y, como enseña la experiencia y la historia, sobreexcitan a las multitudes más fácilmente los cortesanos y los déspotas que los hombres virtuosos o los más fieles amantes de la libertad. Además, [muchos ciudadanos] se desentienden a menudo de los asuntos públicos y son demasiado pacientes bajo la opresión. El mejor método, pues, de darle a estos sus derechos como ciudadanos y su adecuado peso e influencia en la sociedad es mediante elecciones [...]. Por poco que comprenda cualquiera

³⁸ Alexis de Tocqueville, *De la démocratie en Amérique*, vol. I, París, Librairie de Charles Gosselin, 1835, cap. 15, n. 3.

[de los asuntos públicos] sí que sabrá elegir cuál es el hombre al que estima más por su saber, integridad y benevolencia.³⁹

3.4. *A menudo es bueno ser un «enemigo del pueblo», como diría Henrik Ibsen*

«Oh, sí, lo sé, podéis gritar para acallarme, claro. Pero no podéis responderme. La mayoría tiene el poder de su lado (por desgracia). Pero no por ello tiene la razón».⁴⁰

3.5. *No «todo es político»*

Esta afirmación [...] se fue consolidando en nuestro horizonte durante un largo período de tiempo: quizá, uno podría decir, de 1789 a nuestros días [...]. En particular, es una afirmación que sirvió de máxima o eslogan tanto para las diversas formas de fascismo como de comunismo: de hecho, lo más probable es que, a pesar de todas las diferencias entre ambos, ese sea su auténtico punto de contacto. [Pero] la política no fue en modo alguno «totalizadora» para la Antigüedad, la cual sin duda inventó la política, pero la concibió solo bajo la condición de una ciudad de «hombres libres»: de una ciudad esencialmente [...] «no totalizadora». [...] En ese espacio político particular el hombre libre se beneficia de la *polis* para otros fines diferentes a la gestión política (por ejemplo, para el *bíos theoretikós*, el ocio de la vida contemplativa).⁴¹

³⁹ John Adams, «Defence of the Constitutions of Government of the United States» en *The Works of John Adams*, vol. 5, Boston, Little, Brown & Co., 1850-1856, págs. 453-459.

⁴⁰ Henrik Ibsen, *Un enemigo del pueblo: drama en cinco actos*, Madrid, Alianza, 2013.

⁴¹ Jean-Luc Nancy y Philip A. Adamek, «Is everything political? (A brief remark)», *The New Centennial Review*, 2/3 (2002), 15-22, aquí 15. Más breve

3.6. *El antiintelectualismo y desprecio de las élites es un rasgo lamentable de nuestros días*

Si bien la hostilidad hacia la cultura no es un hecho del todo nuevo en la historia de la civilización occidental, tal hostilidad nunca había sido una cuestión de primera importancia. Hasta tiempos muy recientes se trataba solo de oponer una cierta orientación cultural a otra [...]: ¡hasta el nazismo pretendía poseer una cultura! [...] Para hallar algo similar al odio a la cultura que se ha difundido en Occidente durante los últimos 40 años es preciso mirar hacia Oriente y en modo particular hacia China, donde desde hace dos mil quinientos años el estatus social [...] de los funcionarios-eruditos ha sufrido, dependiendo de los emperadores, cambios tan extremos que no se pueden comparar con los de ninguna otra civilización [...]. Por fortuna no ha sucedido nada así de terrible [entre nosotros] del mayo del sesenta y ocho a hoy. Sin embargo, el odio hacia la cultura, los intelectuales y el saber, que llevó a China a eventos tan traumáticos como la Gran Revolución Cultural (y de modo mucho más radical y demencial en la Camboya de los jemereros rojos entre 1975 y 1979), nace aquí en esos mismos años; y, durante las últimas cuatro décadas, se ha infiltrado, de modo suave pero epidémico, [...] hasta manifestarse sin coto alguno en los últimos tiempos. [Aquí] no ha hecho falta una política anticultural explícita, pero porque aquellos que deberían haberla planteado ni siquiera tenían la cultura necesaria para formularla.⁴²

pero no menos claramente lo expresa Oliver Goldsmith en estos versos suyos de *El viajero*: «How small, of all that human hearts endure, / That part which laws or kings can cause or cure» (¡Qué poco, de cuanto soportan los corazones humanos, / lo pueden causar o curar leyes o reyes!).

⁴² Mario Perniola, *Berlusconi o il '68 realizzato*, Milán, Mimesis, 2011, págs. 25-26, 31-32.